

le D. José
paña y de
en la ad-
y llorada.
paña de
rde y con
el 2 de
os esperar



(Vista del Real Museo de Pinturas de Madrid.)

VELAZQUEZ Y SUS OBRAS.



El nombre de VELAZQUEZ es sin disputa el mas glorioso en el extenso catálogo de los grandes pintores que ha producido España; y si al escribir sobre las obras de tan colosal maestro nos propusiéramos encarecer su justo renombre con metafóricas figuras, al uso de los antiguos pageniristas, no nos faltarian en verdad imágenes con que principiar este artículo, ni fundamento para comparar al inmortal artista sevillano con la misma antorcha del firmamento. Diríamos, por ejemplo, que así como el sol es la lumbrera mas hermosa y resplandeciente entre los luminaires del cielo, así es VELAZQUEZ el artista mas glorioso en la esfera de la pintura española entre todos los demas maestros que vienen á ser como sus estrellas: y todavia podriamos llevar mas adelante la semejanza, señalando entre las diversas escuelas artísticas, que son en cierta manera otros tantos grupos ó constelaciones de dicha esfera, con

TOMO I.—MAYO DE 1845.

su luz peculiar y fija, otro nombre glorioso correspondiente al lugar que en los espacios infinitos ocupa aquel otro planeta, émulo del sol en belleza, que con su apacible y argentina llama preside á los misterios de las sombras. En efecto, del mismo modo que el gran VELAZQUEZ puede ser considerado como la mas clara antorcha, como el inflamado sol de la pintura española, puede decirse que el afectuoso y dulce Murillo es su clara y tranquila luna; y no solo marca la semejanza con estos dos planetas la diversa categoría de aquellos dos géneos, sino que tambien retrata en cierto modo el vivir de cada uno de ellos, pues VELAZQUEZ completó una triunfal y brillante carrera en que rivalizó el esfuerzo de su ingenio con el empeño de la fortuna en colmarle de favores, logrando un ocaso digno de su feliz oriente y de su esplendoroso mediodia, y barriendo las flores que le nacieron hasta el borde mismo de la tumba con la rozagante vestidura de los honores; al paso que Murillo vivió casi siempre en la oscuridad, recorriendo humildemente el círculo solitario que une al hombre con el Eterno, é inflamado con el fuego de sus castas inspiraciones, derramando su pura luz para consuelo de las almas afectuosas y pías. Fué aquel mas fecundo para su pais natal: su génio fundó una grande escuela, y sus rayos creadores y luminosos hicieron germinar en España gran copia de lauros artísticos; este fué quizá

mas apasionado, pero su armoniosa y mística luz, infundida por decirlo así, solo sirve para ofuscar y descarriar á los incautos que aspiran llegar hasta ella.

Pero dejemos el ampuloso estilo alegórico para los rivales de los Villegas y Rebolledos, y no ofendamos la memoria del inmortal VELAZQUEZ con un género de *churriguerismo* literario que tan mal cuadra con las dotes de sencillez y verdad, que son las que principalmente debemos ensalzar en aquel maestro.



D. DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA, pintor sevillano, nacido en el año de 1599, y muerto en el de 1660, vino al mundo en una época en que nadie consideraba ya al artista mas que como un simple productor de artículos de lujo y pasatiempo. La cadena de la tradicion estaba rota para el arte, el protestantismo le habia despojado de su mision en los templos, y en toda la vasta region que iluminó la tea destructora del materialismo, quedó reducido el génio inspirado á la servil tarea de simio de la naturaleza. No eran ya los tiempos de reorganizacion para la edad moderna en que los artistas ejercian una gloriosa iniciativa, como en las épocas del Massaccio, del Giotto y del Dante, escitando y dirigiendo los sentimientos, las creencias y las pasiones de los pueblos en que vivian; el arte, privado de la direccion del sentimiento por medio de las imágenes, iba mendigando, en los mismos paises que resistieron al torrente invasor de la reforma, el empleo de

endulzar los ócios de los magnates con sus caprichosas concepciones, con la reproduccion de sus semblantes, con las representaciones de sus hechos de armas, á veces con el retrato de sus torpes pasiones!... Era el artista un trabajador que vendia los productos de su alma como vende el labrador los productos de la tierra, y acaso nadie comprendia entonces que la tierra y el pensamiento, la materia y el espíritu, solo han sido concedidos al hombre para labrar la felicidad de sus semejantes, evitando la destruccion de su vida física, y la de su vida intelectual.

Era pues la pintura en los tiempos en que nació VELAZQUEZ un arte de imitacion; no era mas, ni permitia el espíritu de la época que fuese otra cosa. Mucho en verdad la realzaron y ennoblecieron, sin sacarla de aquella esfera, así el superior talento de algunos que la profesaron, como la generosa munificencia de los Reyes de la casa de Austria, los cuales rivalizaron entre sí para conquistar una gloria igual á la de los Médicis en Italia; y es fuerza reconocer que si bien la pintura en el siglo XVII se hallaba desviada como todas las demas artes de su verdadero camino, en cuanto á la tendencia y objeto moral de sus producciones, considerada como arte de imitacion, fue llevada por VELAZQUEZ á un punto á que quizás no llegó ninguna otra nacion del mundo, y del cual nos hallamos los modernos aun distantes á pesar de nuestra jactancia é inmodestia.

¿Quién enseñó á VELAZQUEZ á producir maravillas con sus pinceles? En este punto de las biografias de los grandes maestros, suelen los escritores invertir largas páginas refiriendo por menor como cosa de interés lo que en realidad importa poco, dado que nadie pretenderá, si bien lo piensa, ni que Rafael deba su gloria al Perugino, pues nadie dá mas de lo que tiene, ni que Pacheco ó Herrera el Viejo hayan podido enseñar á VELAZQUEZ á estudiar la naturaleza y sorprender sus fenómenos hasta el punto de engañar con sus lienzos al sentido. ¿Quién enseñó pues á VELAZQUEZ? Su entendimiento privilegiado, su vista perspicaz y segura, su modo de sentir y percibir en armonía perfecta con sus nobles instintos, su organizacion afortunada, correspondiente con su alma formada para el arte.

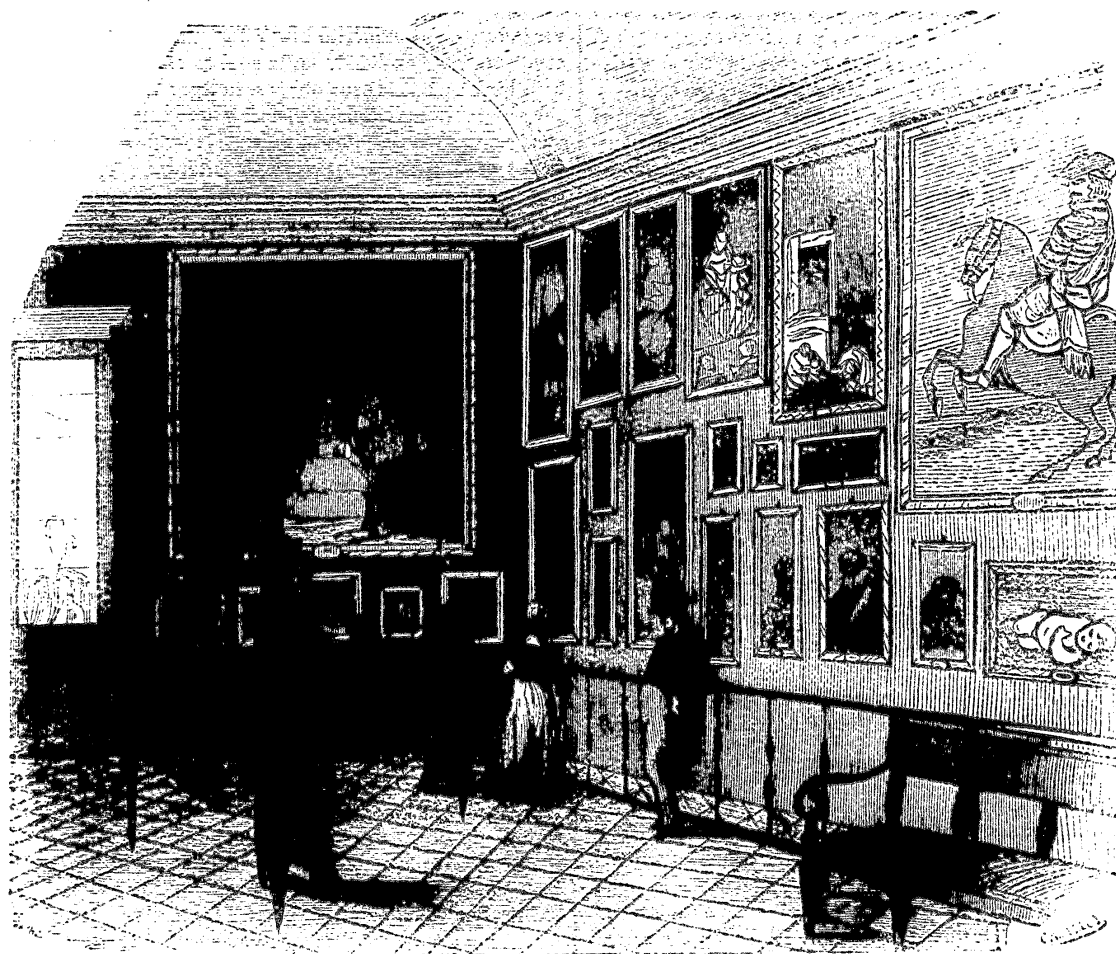
La vida de VELAZQUEZ escrita para el artista debiera reducirse á muy pocas líneas, que mencionasen solamente: cuales fueron las obras de su primer estilo, para advertir desde luego que el génio en el comienzo de su carrera es siempre esclavo de la imitacion, cuales las que ejecutó despues de su primer viaje á Italia cuando ya se emancipó y tomó su carácter peculiar, y cuales por fin las que hizo en la madurez de su génio tomando por único guia á la naturaleza. Para el que no es artista, refiéranse en buen hora el dia y mes en que nació, los nombres y naturaleza de sus padres, los maestros que tuvo, el año en que por la primera vez vino á Madrid, como tornó á Sevilla, como retornó á la Corte, cuales fueron en ella sus protectores, los obsequios y agasajos con que le distinguieron, los honores que alcanzó de los cortesanos, etc., etc.; dígase su viaje á Italia, cuéntese su regreso á España, su vuelta á aquel pais, y como le honró despues Felipe IV con un destino que, no teniendo que ver maldita la cosa con la pintura, le robaba todo el tiempo para seguir produciendo obras inmortales con sus pinceles, etc., etc. Para todos estos

datos bastante escribieron ya el Palomino y D. Juan Cean Bermudez; yo por mi parte he resuelto omitirlos, contando con el permiso de mis lectores.

De lo que me propongo hablar es de algunos de los inimitables lienzos de este pintor que posee nuestro magnífico Real Museo.

Hay en este, en el testero del salon de la derecha de la escuela española, un cuadro de reposada luz y se-

vera armonía de tintas que reproduce con portentosa verdad una escena de la vida íntima, por decirlo así, de la familia de aquel monarca español que presidió á la edad de oro de nuestras artes. Este cuadro es célebre por la calificación que de él hizo el pintor Jordan, cuando llegando á verle y contemplándole con asombro, preguntándole Carlos II ¿qué le parecía? respondió: *Señor, esta es la teología de la pintura*; queriendo sin duda dar á entender que así



(Vista de un ángulo de la sala Española de la derecha del Real Museo de Pinturas de Madrid.)

como la teología es la superior en orden á todas las ciencias, así aquel cuadro era lo superior de la pintura. Semejante dicho es en nuestro concepto un disparate garrafal á todas luces, porque atendido el género del cuadro, ó se rebaja mucho con dicha comparacion el sublime objeto de la ciencia teológica, ó se ensalza la pintura de retratos sobre todos los demas objetos de la pintura; y ninguna de estas dos cosas admite defensa. Pero ya hemos indicado

cómo se consideraban en aquella edad todas las artes en general: lo sublime en pintura debía ser á la sazón sinónimo de lo verdadero, de modo que Lucas Jordan no hubiera titubeado quizá en calificar de *pintores teólogos* por la verdad de sus cacerías y bodegones á los flamencos Snyders y Van Es. El cuadro de VELAZQUEZ de que hablamos no necesita de tales calificaciones para ser un lienzo admirable en su género, ni que se equipare la impor-

tancia de este con la del género verdaderamente sublime y trascendental de las concepciones de Rafael y Miguel Ángel, para que en la línea de la pintura imitativa sea tal vez superior á cuanto ejecutaron, no solo los otros artistas españoles del mejor tiempo, sino tambien los mismos flamencos y holandeses que cuentan entre sus pintores *naturalistas* un Rembrandt y un Van Dyck.

Muy difícil seria probar que este lienzo es superior á otros del mismo VELAZQUEZ, y especialmente al de la *Rendición de Breda*, conocido bajo el nombre de *cuadro de las lanzas*: en nuestra opinion este último es de lo mejor que salió de sus pinceles, y merece ademas por el importante hecho histórico que representa ser considerado como obra digna de la elevada mision del arte.

Ejecutó VELAZQUEZ el cuadro de la *teología* en el año de 1656, despues de su segundo viaje á Italia, y cuando ya le habia recompensado el Rey con el destino de aposentador mayor de Palacio. Representa á la Infanta Doña Margarita, de corta edad, á quien suministra un búcaro de agua Doña María Agustina, menina de la Reina é hija de D. Diego Sarmiento: está al otro lado Doña Isabel de Velasco, hija del Conde de Fuensalida, en accion de hablar á S. A. Aparecen en primer término los dos enanos Nicolasio Pertusato y Mari Bárbola; poniendo aquel un pie, con el desenfado peculiar de todo hombrecillo ruin, sobre un hermoso perro grande de gesto despreciador y calmoso que recibe la chanza como juego de niños. Algo mas lejos se vé á Doña Manuela de Ulloa, señora de honor, y un guardadamas, y en último término hay una puerta abierta que sale á una escalera por donde asoma el aposentador de la Reina, José Nieto. La figura de VELAZQUEZ descuellá á la izquierda en gentil apostura, pintando de pie, mirando al espectador, con la paleta en la mano izquierda, en la diestra el pincel, la llave de la cámara y de aposentador en el cinto, y en el pecho la cruz de Santiago. Tiene á su lado un lienzo de gran dimension que se vé por la parte posterior que arrima al caballete, en el que se supone está pintando.

En el fondo del cuadro hay un espejo pequeño, donde se reflejan en busto las personas del Rey Felipe IV y de su segunda muger Doña Mariana de Austria; lo cual induce á creer que valiéndose del referido artificio, quiso mostrar VELAZQUEZ que lo que ejecutaba en aquel lienzo que mira el espectador por el reverso no era otra cosa que los retratos de SS. MM. El señor Cean Bermudez no hace mérito de la circunstancia del espejo, ó tomó tal vez aquella luna por un cuadro colgado en la pared del fondo del estudio; y supone que en este cuadro está retratando VELAZQUEZ á la Infanta Doña Margarita, que dijimos arriba hallarse en primer término recibiendo el búcaro de manos de la menina. No nos conformamos con la explicacion del señor Cean, ni es tampoco de su parecer el sábio director actual del Real Museo, quien aprobando la primera, que es la misma que dá D. Antonio Palomino, nos autorizó á describir el cuadro de aquel otro modo en el *Catálogo* de dicho Real establecimiento que redactamos en 1843.

Véase por la galeria, que forma el fondo de aquella

escena familiar, varios cuadros por las paredes, aunque con poca claridad; pero lo bastante para conocerse que son de Rubens y que representan algunas metamorfosis de Ovidio. Tiene esta galeria varias ventanas que se ven en disminucion y hacen parecer grande la distancia, entrando por las últimas una luz tranquila y templada, que juega maravillosamente con las tintas rebajadas de todo el apartamento, donde á pesar de la sencillez del ajuar y del ornamento parece que se respira el ambiente de las suntuosas moradas palatinas.

La severidad y sencillez de los tonos para conseguir la verdad es quizá el mérito mas relevante del ilustre pintor sevillano. Esta cualidad, en la cual es realmente inimitable, hace que todas sus obras sean, por decirlo así, tan simpáticas al órgano de la vista, y que esta descanse en ellas como en los objetos mismos de la naturaleza, que rara vez nos ofrecen tonos crudos y enteros mediando el espacio. Por eso será siempre citado VELAZQUEZ como modelo para los efectos de la perspectiva aérea, pues aunque otros célebres artistas lograron por distinto medio producir impresiones halagüeñas, adoptaron arbitrios convencionales que nuestro VELAZQUEZ no se permitió jamás, y si bien merecieron el dictado de grandes coloristas, no igualaron en naturaleza y verdad á aquel preclaro ingenio.

Un hombre que como VELAZQUEZ vivia entre los principales personajes de la corte, siendo ya noble por su cuna, que estaba en continuo roce con los mas señalados ingenios de aquella época de galanteria y de costumbres urbanas y caballerescas, que recibia sus inspiraciones de una sociedad atenta solo á los placeres, á los festejos, en cuya grata tarea daba ejemplo de actividad el mismo Monarca, y que aun en los momentos de realizar sus concepciones y de consagrarse al arte se veia rodeado por los representantes del poder, de la gloria, de los placeres, del lujo, y de toda mundana pompa, no podia menos de dejar en sus obras cierto reflejo de grandeza y de daries, por decirlo así, el temple y tono dominante en su espíritu al concebirlas. VELAZQUEZ hizo innumerables retratos, y en ninguno de ellos, por mal que hubiese tratado la naturaleza al modelo, se vé la menor *estigma* que le haga anti-pático ó repugnante; ennoblecia cuanto tocaban sus manos, y nunca le fue menester distinguir con el atavío lo ilustre del linage en las personas á quienes pintó. Sin distintivos de ninguna especie retrató toda la magestad de Felipe IV, jóven y gallardo, en diversas ocasiones, y ya le pusiese en traje de cazador, ya armado á la gineta y cabalgando en un fógoso corcel de batalla, siempre estaba seguro de que sin necesidad de buscar sus insignias reconocerian en el retrato el continente y apostura de su rey todas las damas y cortesanos de Madrid.

Entre los retratos de VELAZQUEZ, es uno de los mas sorprendentes el del célebre Conde Duque de Olivares don Gaspar de Guzman, en el cual puede decirse que agotó la valentia de su imaginacion, la fuerza de su fantasía, la gala de sus colores, la osadia de su toque creador, la nobleza de su dibujo; y en fin todas las dotes de su arte mágico y fascinador.

Reconocido nuestro pintor á aquel personaje, que se

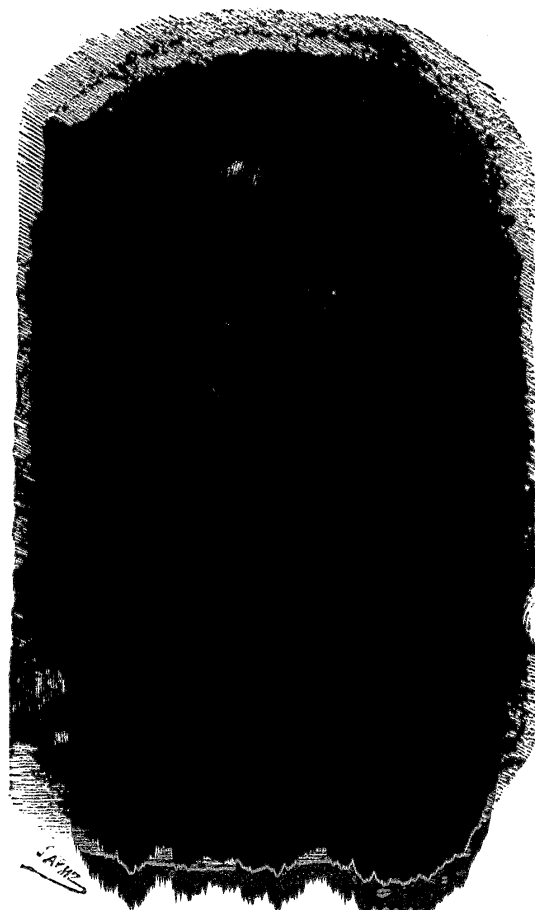
declaró su Mecenaz desde que se estableció en la corte de-
jando su tierra de Sevilla, quiso retratarle de cuerpo en-
tero y de tamaño natural, en la actitud y traje que fuese
del agrado del valido y ministro; y habiéndose discutido
este punto con detencion, se decidió fuese á caballo, y
como general, sin embargo de no haberse hallado S. E.
jamás en ninguna batalla, prevaleciendo lo que acababa
de publicar por aquel tiempo el Marqués Virgilio Malvez-
zi, diciendo: «El Conde Duque para ser de los mayores
generales ninguna virtud le falta, y para que lo con-
fiesen todos, que le vean general le falta solamente. No
pelear en los ejércitos le escluye del nombre de gran sol-
dado, mas el mandar en ellos le dá el de gran general.»
Representóle con auténtico y decisivo parecer, armado
con coraza de bruñido acero, tachonada de adornos de
oro: erguida la cabeza con sombrero y plumas á la
chambergá, volviendo el rostro hácia el lado izquierdo
con marcial talante y arte lisongero para disimular lo
jiboso de la espalda del Conde; rica valona de encajes
de Flandes, banda pendiente del hombro derecho con
pomposo lazo en el lado opuesto, y de su tahalí la an-
cha y ponderosa espada: montado con afectada gallardía,
y con gregüescos recamados de oro, en un arrogante y
brioso alazán roano, que dirige con la mano siniestra, te-
niendo en la derecha levantado el baston de general. El
caballo está en corveta, firme en las piernas, con los bra-
zos levantados y en perfecto equilibrio con la actitud del
ginete; parece ser uno de los que criaba en Córdoba el
Marqués de Priego y describió el célebre racionero de
aquella catedral, Pablo de Céspedes, en su poema de la
pintura. Debió pintarle VELAZQUEZ por el natural, des-
pues de haber leído los versos llenos y sonoros del poema,
porque convienen en un todo con las bellas formas, pos-
tura y brio de la hermosa bestia. Divisanse en el fondo
á larga distancia, y ligeramente bosquejados, el fingido
polvo que levanta el ejército en batalla y el humo de los
mosquetes; con lo cual dió el pintor ensanche á su ima-
ginacion y al bien entendido manejo de sus pinceles, es-
presando en confuso el furor de los combatientes con di-
ferentes y violentas actitudes y con una vaguedad inimi-
table. Episodio que sin duda escitó á VELAZQUEZ á per-
feccionar su caballo, observando lo que añade Céspedes
en aquella otra octava:

Si de lejos al arma dió el aliento
ronco la trompa militar de Marte,
de repente estremece un movimiento
los miembros sin parar en una parte:
crece el resuello, y recogido en viento,
por la abierta nariz ardiendo parte;
arroja por el cuello levantado
el cerdoso cabello al diestro lado.

El fondo por la ligereza de sus nubes, por lo bien
caracterizado de la vegetacion y del terreno, forma un
hermoso paisaje, muy digno de estudiarse como todos
los fondos de VELAZQUEZ, cuya magia es superior á la de
los mas afamados paisistas.

TOMO I.— MAYO DE 1845.

Hemos dicho que el pincel de este artista ennoblecía
cuanto tocaba, y prueba de ello son todos los retratos de
enanos y bufones que existen en el Museo, en cuya con-
templacion halla la vista deleite; al paso que huye por
instinto de los seres reales en quienes la deformidad física
pone cierto sello que inspira disgusto, compasion y tris-
teza.



(El hobo de Coria.—Num. 2999)

El cuadro conocido con el nombre de los *Borrachos*
es otra prueba de esta singular dote de VELAZQUEZ, pues
sin mejorar las formas vulgares de la naturaleza, repre-
sentó en una escena báquica llena de novedad, atractivo
y sal cómica, una reunion de gente baja y grosera entre-
gada á uno de los vicios mas feos y degradantes de los
hombres. Bien reconocemos que es propiedad esclusiva
del arte, y uno de los misterios mas inexplicables de
nuestro modo de ser, el que todo objeto, por mucho que
repugne en la realidad, cause deleite al sentido una vez

reproducido por medio del dibujo ó la pintura; así es grato y dulce de ver en el místico Murillo el lastimoso pasage en que el justo Job raía con una miserable teja la podredumbre de sus úlceras, y el momento en que la Santa Reina Isabel curaba con sus propias manos la tiña de los mendigos. Pero no es esta sola virtud inherente

al arte la que hace del cuadro de los *Borrachos* una escena simpática y grata á la vista; es tambien el privilegio singular que VELAZQUEZ poseía de hermosear la naturaleza per medio de los tonos del color, sin alterar sus formas, cualquiera que fuese su modelo. Y nótese que la belleza de los tonos nace de la armonía y del acorde, sin que



Los Borrachos.—Núm. 138.)

influya en ella la entereza y decision de los colores; y esta es una de las cosas mas difíciles de conseguir para el colorista, pues muchas veces por sacrificar ó apagar las tintas se las quita su limpieza.

La escena de este cuadro es sumamente sencilla, tanto que parece la copia fiel de uno de los muchos agrupamientos de beodos que cada dia tienen lugar en todos los parajes donde los soldados sacrifican á Baco al raso. Se vé en el centro á uno de los bebedores medio desnudo, sentado sobre un tonel que le sirve de trono, ceñida la cabeza de pámpanos, y coronando de yedra á otro de la compañía. Este, que parece ser un militar, está derodillas con la mayor veneracion y respeto, recibiendo el grado, honor y título de distinguido alumno del Dios de la vendimia. La asamblea toda celebra este suceso, mientras otro, dando á su semblante una gravedad estúpida, se

prepara á recibir iguales honores. Entre compañeros de armas bien avenidos, nada mas natural que una farsa de esta especie despues de escitada la jovialidad con las libaciones.

En el mismo salon de la derecha del Real Museo hay otro cuadro donde resalta singularmente la habilidad de VELAZQUEZ en el arte de producir la armonía del colorido economizando y degradando las tintas; es el de la *Coronacion de la Virgen*, señalado con el núm. 62, y uno de los mas notables quizá entre todos los lienzos de escuela Española en que se trata algun pasage de la divina epopeya de la redencion del linage humano. El gran pintor *naturalista* se acerca en esta obra á las máximas de la escuela idealista romana, cuyas prácticas y tradiciones tuvo ocasion de estudiar en la capital del

erbe cristiano; pero limitándonos á su colorido, que es la cualidad por la que se nos ha ocurrido citarla, es muy de notar el efecto que ha sabido dar VELAZQUEZ á aquella escena mística, formada por el sencillo agrupamiento de tres personas en posición casi simétrica, con un solo color dominante, el rojo, degradado, modificado y descompuesto con tal arte y sabiduría, que apenas habrá quien se aperciba de la uniformidad de la tinta sino le hacen reparar en ella. Rojo amoratado es el color de las túnicas de Cristo y del Padre Eterno;

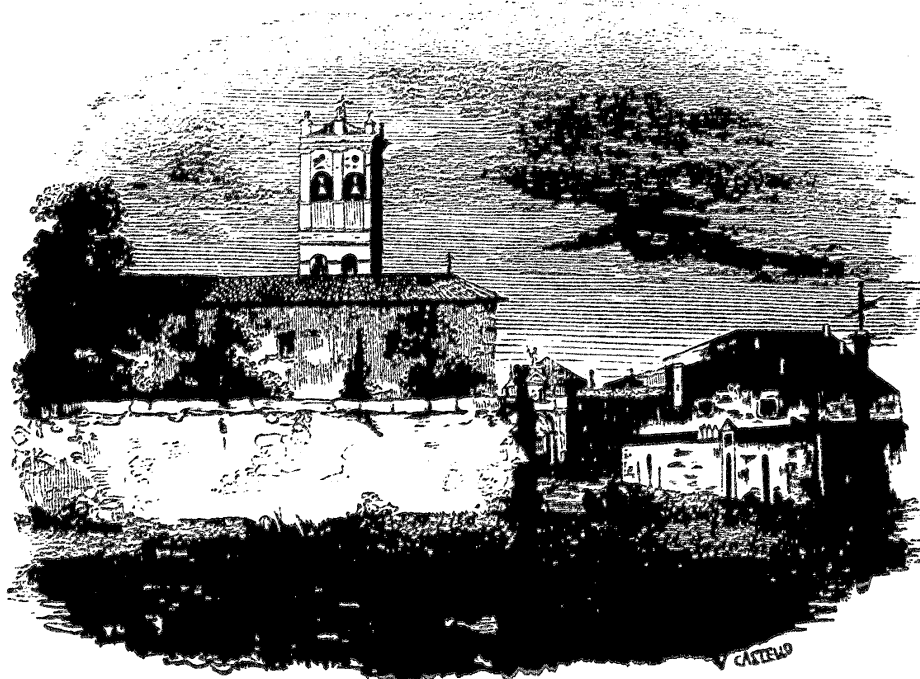
rojo acarminado el de sus mantos; rojo también el de la túnica de la Virgen, y sin embargo no resulta la menor monotonía de la tinta dominante, ni aparece en parte alguna de dichos accesorios sucio el color.

En otra ocasión completaremos el exámen de las cualidades mas sobresalientes de este luminar de la escuela Española, recorriendo otros cuadros de los suyos que tanto realce dan al Real Museo de Madrid.

P. DE MADRAZO.

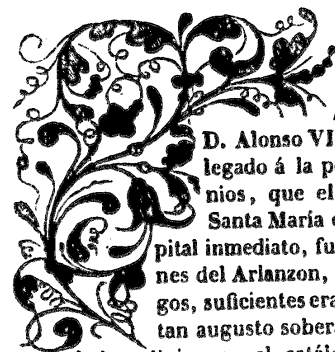


(La coronación de la Virgen.—Núm. 62.)



(Vista del Hospital del Rey, en Burgos.

EL HOSPITAL DEL REY.



Aunque la católica fé de D. Alonso VIII de Castilla no hubiese legado á la posteridad otros testimonios, que el célebre Monasterio de Santa María de las Huelgas y el hospital inmediato, fundados sobre las márgenes del Arlanzon, á corta distancia de Burgos, suficientes eran para que el nombre de tan augusto soberano fuese inscrito por la mano de la religion en el catálogo de los héroes, que mas se distinguieron en procurarla realce. El terror y confusion que sus impávidos adalides sembráran en las huestes sarracenas, acosadas de frenética rabia contra los adoradores de la cruz, no pudo avasallar su piadosa conciencia, ni introducir en su alma el menor sentimiento de ese orgullo que rebaja el mérito de las grandes acciones, y so-

foca las luces del entendimiento conduciéndole al error. Un cláustro donde las jóvenes de la primera nobleza tributasen al cielo el candoroso homenaje de su virginidad, fué una de las pruebas mas incontestables, que en el siglo XII exhibiera nuestra patria á favor del cristianismo; y como el corazon magnánimo del monarca pretendiese ensanchar los timbres de aquel convento, singularizándole entre todos los del orbe, comenzó por sujetar á la jurisdiccion de su abadesa el Hospital que en la misma vega hizo erijir por los años de 1212. Algunos caballeros que de Calatrava nombró el Rey, para que entrasen en posesion del nuevo edificio, empezaron á dispensar una asistencia verdaderamente evangélica á los enfermos desvalidos, y con especialidad á los peregrinos de Santiago. Dióseles el titulo de *freires* como individuos del orden de Calatrava, permitiéndoles usar sus tabardos é insignias; por cuya ra-

zon los maestros llegaron á disputar el dominio que sobre el Hospital ejercia la Abadesa de las Huelgas, como única señora nombrada por el fundador antes del año 1199, y confirmada por el Papa Gregorio IX en el de 1235. Descendiendo cohartar en adelante semejantes ostigaciones, Don Alfonso el XI ordenó que los comendadores ó freires del Hospital, se señalasen por medio de un castillo de oro, bordado en el escapulario correspondiente al órden cisterciense, de cuyos privilegios quedaban ademas en entera posesion. Cuando por breve de Benedicto XIII recibió el órden de Calatrava su encomienda ó cruz, los freires del Hospital se condecoraron con ella, poniendo el castillo en medio; mas oponiéndose los caballeros á que gastasen su divisa hombres exentos de asistir á las batallas, los del Hospital quedaron despojados de la cruz, llevando únicamente el castillo, hasta el reinado de los Reyes Católicos, en que la volvieron á recobrar, y usaron constantemente hasta su última supresion.

Para ser admitido en el número de Comendadores no se requería colacion de órdenes sagradas, ni aun tonsura. Vivian en sus casas respectivas é independientes del Hospital. No pesaban sobre ellos otros cargos eclesiásticos que la asistencia diaria á la misa de los siete capellanes destinados á las ceremonias del culto, y á vísperas y maitines en las festividades principales. Tenian que acreditar su nobleza como los caballeros de Calatrava. Cada tres años renovaban su obediencia á la Abadesa de las Huelgas, y esta señora les imponía las restricciones administrativas, que cada uno debia observar durante el trienio. La fórmula de su profesion era esta: *Yo D... freire Comendador, novicio de el Hospital del Rey, prometo obediencia, pobreza y castidad hasta la muerte á Dios nuestro Señor, y á la Ilustrísima señora Doña... Abadesa del Real Monasterio de Santa Maria la Real de las Huelgas, mi prelada y señora, madre y legitima administradora en lo espiritual y temporal de dicho Real Monasterio, y su Hospital del Rey, y de los conventos, iglesias, villas y lugares de su filiacion y jurisdiccion, y á sus sucesoras que fuesen abadesas y preladas del dicho Real Monasterio, segun la regla y órden de N. P. S. Benito, y estatutos del Cister. Y juro por Dios nuestro Señor, y por Santa Maria su bendita Madre, y por los Santos Evangelios, do quiera que mas largamente esten escritos, poniendo, como pongo, mi mano derecha en un crucifijo, y en un libro misal, de guardar y cumplir todo lo susodicho, por mi prometido. Y juro que procuraré el bien de dicho Hospital y del dicho Real Monasterio, sus bienes y hacienda, y escusaré los daños que pudiere, y digo: Si juro. Amen.*

Compónese de varios estilos arquitectónicos la estructura del edificio. Columnas adosadas en codillos; arquivoltas profundas y zig-zags con simples filetes decoran la puerta principal de la iglesia, trabajada en el siglo XIII. Son preferibles, sin embargo, algunos ejemplares pertenecientes al renacimiento, entre los cuales citaremos el ara que constituye la puerta de romeros, por ser adonde los peregrinos llegaban á pedir descanso, cuando iban á Santiago. Dos estípites recamados con los graciosos adornos del gusto plateresco sustentan el medio-punto, y por encima del cornisamento descuelga la imagen del Apóstol

colocada en un ático, que tiene en el tímpano de su fronton un busto coronado á la antigua, y la estatua de S. Miguel sobre su ápice. En el reverso de esta coronacion se halla una imagen de nuestra Señora, y á derecha é izquierda los castillos heráldicos de D. Alonso VIII, y blasones de Fernando V, é Isabel, posteriores á la conquista de Granada. Vichas muy originales se enlazan á lo largo del muro, formando un andén ó antepecho, con torrecillas esbeltas del siglo XVI.

Si bien la iglesia no ofrece otra cosa notable que los ajimeces cincelados en el fierro del púlpito, y algunos embutidos de boj, en los guarda-ropas de la sacristia, las hojas de su puerta principal reunen primorosos detalles, y mucha propiedad en las figuras de sus relieves. A pesar de tantos y tan variados prodigios como el arte ha reproducido en los monumentos de Burgos, es asercion comun que al frente de todos ellos brilla la imagen de nuestra primera madre, esculpida sobre la puerta que describimos: opinion altamente arriesgada que nos abs-tendremos de impugnar ni recibir como infalible, en medio de tan pasmosos dechados como contrapesan su valor, por donde quiera que volvamos la vista. Cuando la hemos fijado en esa decantada *Eva*, aun prevenidos por el crédito de personas respetables, lejos de encontrar *naturalidad y valentia* en sus lineamientos y músculos, descubrimos, por el contrario, cierta exageracion en la mente del escultor, y á la vez que austero al realizar sus principios anatómicos, descuidado en consultar las reglas que sostienen la verdad de la naturaleza, sin afearla con quimeras. No pasamos desapercibido el idealismo que, siendo general en los artistas del siglo XVI, les inclinaba á la espresion remarcadísima de los músculos humanos, y particularmente en los de penitentes y niños: sino que alegando esta consideracion como base fundamental de nuestro juicio, destruimos la objeccion con que pudieran rechazarle los defensores de la intolerancia y los prosélitos del sistema.

Muchos patios hay en el Hospital, y uno de ellos tiene su fuente copiosísima que le abastece de agua. Los peregrinos de Compostela hallaban en este cómodo albergue un buen hospedaje por espacio de tres dias, ó mas, si lo necesitaba el mal estado de su salud. Estiéndense los efectos de caridad tan laudable á las familias del pais, que, privadas de los recursos innecesarios para aliviar sus dolencias, encuentran un esmero delicado, y toda suerte de apoyo contra el abatimiento y la miseria.

Al modo que las hijas de S. Vicente de Paul, ejercitan el espíritu del cristianismo por toda la redondez de la tierra, y olvidándose de sí mismas, se convierten, digámoslo así, en bálsamo saludable, que cicatriza las llagas del menesteroso, ocho comendadoras cistercienses, emplean su cuidado en beneficio de la iglesia y enfermerías de este grandioso Hospital. Innumerables son las curaciones que ordinariamente le honran; infinitos los pacientes arrancados por sus ministros á la voracidad del sepulcro. Mil veces ha cedido la gangrena sus víctimas moribundas á la esperiencia salvadora del diestro facultativo. La clorosis, esa triste aunque honrosa pension con que la naturaleza ha querido poner á prueba en la juven-

tud del sexo hermoso la pureza de sus costumbres, ha sido allí curada con acierto; y hasta los achaques secretos y vergonzosos, que, envenenando la fuente de la vida llevan consigo tan amargas reminiscencias, y tantos padecimientos físicos y morales, han desaparecido con rapidez, escarmentando al impúdico.

Mas, sin consideracion á estas ventajas, los Comendadores y capellanes del Hospital sufren notable detrimento en sus antiguas regalías. Las ventas crecidísimas que para el mejor patrocinio de los indigentes le adjudicaron los monarcas, pusieron en juego á principios de nuestro siglo la codicia de algunos especuladores, que validos de su exaltacion social, ó de las vivas simpatías que encontraron entre los gobernantes, enagenaron los bienes y fincas del Hospital por valor de cuatro millones de reales, sin que derecho, ley, ni cédula existente tuviese eficaz energia, para enervar tan inconsiderada estorsion. La privanza de Godoy, que á la sazón reglaba sustancialmente las contingencias del Estado, se mostró sordo á los razonamientos que Comendadores y capellanes alegaron en defensa de su instituto; y acabó de consumarse su abolicion cuando los invasores franceses acometieron á nuestra patria, destruyendo sus edificios, su tranquilidad y su gobierno. Restablecido este algunos años después, el Hospital del Rey experimentó su benéfico influjo; pero la revolucion de 1820 le estinguió segunda vez, y tornando á organizarse por orden de Fernando VII en 1823, continuaron sus cabildos en ejercicio, según el reglamento últimamente formado por el Sr. D. Carlos III.

El derecho de espulsion á las comunidades religiosas

no excluyó á la de Comendadores en 1836; y habiendo hecho prevalecer unaley de las cortes celebradas en 1821, quedó el Hospital incorporado al de Beneficencia de Burgos, y tenuta por nula la voluntad espresa del fundador, hasta que su augusta sucesora Doña Isabel II se dignó expedir una orden fecha en Abril de 1844, mandando el inmediato cumplimiento de aquella en la que concernia á la instalacion del Hospital, su magnífica botica y demas dependencias, excepto la reposicion del cabildo de Comendadores, que todavia permanece inactivo.

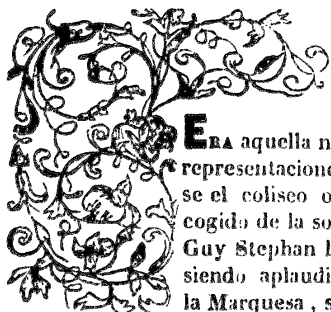
Por lo demas, el Hospital del Rey ofrece una situacion amenísima al filósofo, al poeta y al anticuario. Sus edificios se hallan dominados por una torre, cuyo segundo cuerpo de orden toscano, descuello como la encina de los bosques sobre los arbustos que vejetan á su pie. El pálido reflejo de la luna, arrojando á inmensa distancia su gigantesca sombra, ha evocado en repetidos instantes al través de nuestra imaginacion, aquellos guerreros religiosos é invencibles, que no conocian otra gloria mas allá de la fe, ni otro lugar mas allá del sepulcro, que el de los defensores de Jesus. Pero al cotejar unos tiempos con otros; al crear punto de comparacion entre el respeto con que en aquellas épocas se miraban esos monumentos, que tantos recuerdos históricos, artísticos y venerables inspiran, y la indiferencia con que hoy se les atiende, el ánimo sufre, reflexionando hasta dónde llega la inconstancia de las opiniones humanas, la veleidat de los siglos, y las tendencias del que corre á nuestra vista con giro presuroso.

RAFAEL MONJE.

MISTERIOS DEL CORAZON.

CAPITULO II.

El teatro del Circo.



ERA aquella noche una de las primeras representaciones de *Gisela*; y hallábase el coliseo ocupado por lo mas escogido de la sociedad madrileña: Mme. Guy Stephan bailaba su gracioso wals, siendo aplaudida con delirio, cuando la Marquesa, su marido y la viuda entraron en el palco. A pesar de lo que cautivaba la atencion la célebre y aérea bailarina, todas las miradas se volvieron hácia los que llegaban, y notóse un movimiento

general en las lunetas, producido por dos causas distintas: la inimitable hermosura de Clementina, y la intimidad de su marido con Adela, que se empezaba á notar: así fue que se oyeron estas ó semejantes palabras:

- ; La Marquesa de Vivarrambla!...
- ; Adela de Arambarri!
- ; Está mas linda que nunca!
- ; Eso es ya un escándalo!...

Clementina se quitó el sombrero, arrojó el schall con que se abrigaba, dejando descubierto su blanquísimo se-

no, sobre el que caían los abundantes rizos de su cabello; y cediendo el sitio preferente á Adela, se fue á sentar de espaldas al escenario, manifestando la mas completa indiferencia, ya hácia la curiosidad de que era objeto, ya al de los aplausos del público, que se prolongaban minutos enteros. Alguna vez al mirar asestados contra ella diez ó doce anteojos de extraordinarias dimensiones, se escondía con gracioso desden en el fondo del palco, afligiendo cruelmente á sus admiradores.

Mientras tanto Adela y el Marqués sostenían una conversacion animada en voz baja.

—Os repito que Clementina está enojada, decia aquella, mientras afectaba pasar revista á los espectadores.

—Pues yo os repito que se me dá un bledo.

—Si no os moderais, vais á comprometerme, y á provocar un rompimiento conmigo por parte de vuestra muger.

—Ese es precisamente mi mayor deseo.

—Entonces no me vereis casi nunca.

—¿Por qué no? Iremos lo mismo que ahora á todas partes.

—¿Y ella?

—¿Ella?... que vaya sola ó que no vaya... ó que busque si quiere quien la acompañe.

La viuda dirigió una mirada de asombro al Marqués: no creía que hubiese llegado tan lejos en su pasion, ni en su cinismo, y se asustó sinceramente, temiendo que exigiese de ella un cariño que no estaba en su mano concederle. Para fijar mejor la situacion de los dos amantes, diremos que Adela habia visto en sus culpables relaciones una conquista lisongera, mientras el marido de Clementina, profundamente enamorado, se hallaba dispuesto á sacrificarlo todo, con la violencia y la ceguedad del que ama por primera vez á los treinta años. Su matrimonio fuera resultado de uno de esos convenios de familia no tan raros como se cree hoy día; y en el sosiego de su anterior existencia profesaba á su muger una estimacion y una amistad profundas, pero nada mas que esto. Por lo mismo que habia llegado á ser un hombre sin haber dejado de ser un niño, sin mediar esa gradacion imperceptible en los hábitos, en las ideas y en las costumbres; por lo mismo, repetimos, sus pasiones dormidas solamente por tanto tiempo, se revelaban con una fogosidad extraordinaria y terrible. —Cuatro meses antes el Marqués se hubiera asustado al oír las palabras que entonces acababa de proferir, y al comprender la resolucion firme que manifestaban. —En fin, para terminar esta digresion, lo que era un capricho, únicamente un capricho pasajero en la viuda, aparecía como un amor violento en el Marqués.

—Eso es una locura! respondió Adela casi trémula, á lo que habia escuchado.

Dirigiendo en seguida una ojeada rápida á Clementina, añadió con voz breve y seca:

—¿Ved que nos está observando!

Y con admirable aplomo púsose á aplaudir por largo rato á la Guy Stephan. —Luego con la misma flexibilidad teatral, adelantó la cabeza y dijo á Clementina con imponderable entusiasmo:

—Pero no has visto, amiga mia, no has visto cómo ha bailado esa muger?

La Marquesa le lanzó una mirada terrible, y repuso con ironia:

—¡Oh! ¡sí! ¡De eso solo me ocupaba!

Después de pronunciar estas palabras, volvióse hácia la escena por primera vez, y casi se cubrió el rostro con los anteojos, sin duda para ocultar su emocion ó sus lágrimas.

El Marqués fue entonces quien conoció toda su imprudencia, y bajó la vista confundido: Adela aprovechó aquel buen movimiento para decirle:

—¿Lo veis?... Si en adelante no os correjís, os lo juro, no volveré á hablaros.

—Esa amenaza es omnipotente, contestó él: Adela, os obedeceré.

En aquel instante se abrió la puerta del palco inmediato y aparecieron el Conde y su primo: este último venia desconocido con su nuevo traje, cien veces mas extraño que el que llevaba una hora antes. Habíase puesto un chaleco blanco, de forma muy antigua, y muy corto; un frac de color de café claro con cuello de terciopelo verde; una corbata blanca, tan alta que le llegaba á las orejas, con un lazo que casi le cubría la camisa: por último, llevaba trabillas en los pantalones, una cadena monstruosa al cuello, un sombrero enorme en una mano, y en la otra guantes de algodón verde simétricamente empuñados.

Estaba tan extraño el pobre Justo con sus nuevos arreos, sentíase tan embarazado con ellos, y espresaba su rostro una mortificacion tan cómica, que sin ser dueños de dominarse, Adela y el Marqués lanzaron una sonora carcajada. Al oírla salió de su enagenamiento Clementina, y volviendo la cabeza, no pudo menos de sonreírse tambien; otro tanto hizo una gran parte del público, y armóse terrible algazara en las lunetas y en los demas paicos, mientras que de las galerías gritaban:

—¡Silencio! ¡Que no se oye el baile!...

—¡Afuera los que alborotan!...

El inocente causante de aquella gresca, inmóvil, atónito y asombrado, se hallaba muy lejos de creer que era el héroe de la funcion: mirando unas veces al teatro, otras á Adela, permanecía de pie junto á la barandilla, con el sombrero y los guantes fuertemente asidos. El Conde entre tanto confuso y avergonzado, se habia escondido en un rincón, no queriendo participar del ridículo que caía sobre su primo, y no atreviéndose siquiera á evitarlo.

Proseguía el alboroto á pesar de los gritos que imponían silencio, y dos ó tres mas descarados señalaban con el dedo al buen Paniagua, cuando este comenzó á penetrar algo.

—¿De qué se rien? preguntó al Conde.

—De ti. ¿No lo conoces? respondió este de muy mal humor.

Justo soltó á un mismo tiempo los guantes y el sombrero, que cayeron al suelo, haciendo el último un ruido espantoso. Desgraciadamente esto redobló la broma, y el infeliz andaluz se situó junto á su primo sin saber lo que le pasaba, y sin intentar recoger lo que se le escapaba de las manos. Cuando hubo desaparecido de la vista de los espectadores, oyóse un aplauso general en que tomaron parte los mismos que se impacientaban poco antes; todos, pues, celebraban su completo triunfo.

Hasta que se acabó el primer acto, permanecieron ocultos y sin hablar palabra el Conde y D. Justo: en cuanto bajaron el telón, el primero se lanzó fuera del palco, dejando solo al andaluz que comenzaba á serenarse.

En los corredores del teatro, el sofocado *dandy* tuvo que sufrir infinitas y pesadas chanzas.

—¿Quién es ese facha que nos habeis traído hoy? decía uno.

—Buena ocurrencia! añadía otro; ¡llevar á vuestro camarero al palco mismo que ocupais!...

En fin, furioso y desesperado, el Conde se refugió en el del Marqués, cayendo de Scila en Caribdis, porque Adela mas graciosa que nunca, había hecho reír dos ó tres veces con sus sarcasmos á la misma Clementina.

Al ver entrar al Conde, la viuda se volvió hacia él, y le dijo con una solemnidad cómica:

—Os felicito, amigo mío: vuestro primo ha hecho efecto esta noche.

—Se ha dado á conocer brillantemente, añadió el Marqués, mirando á la pobre víctima, refugiada siempre en su rincón.

El Conde, como hombre de mundo, penetró que el único medio de librarse del ridículo, era asociarse al buen humor general. Así fue que contestó á Adela:

—Si os reis de él en sus propias barbas, vais á perder la apuesta, no haciendo su conquista.

—Teneis razon, Conde, repuso la viuda; y dirigió al mismo tiempo una mirada tan dulce, tan compasiva, tan penetrante al andaluz, que este se puso involuntariamente de pie, dió un paso y buscó un sitio favorable para devorar... con la vista, á la que de tal manera le avasallaba.

Mientras duró el intermedio, pasóse agradablemente viendo á Paniagua animarse por grados con las coquetearias de Adela, hasta el punto de desafiar impávido las miradas del público. En fin, se alzó el telón para el acto segundo, y el Conde halló mucho mas cómodo permanecer en donde estaba, que ir á participar de los restos de la anterior borrasca, colocándose junto á su primo: una silla había desocupada detrás de la Marquesa, y el *dandy* se dejó caer en ella con elegante negligencia.

—Me alegro de que te quedes con nosotros, Eugenio, dijo el Marqués, á ver si consigues hacer hablar á mi muger.

—Celebro tambien que os quedéis, repuso friamente Clementina, porque así tendré con quien hablar. —Y dirigió una mirada severa, irritada á su marido, que sin parecer comprender la indirecta, se volvió hacia Adela para proseguir su conversacion.

La Marquesa se puso pálida, y se mordió los labios hasta hacerse sangre: despues se ruborizó al ver los ojos del Conde clavados osadamente en los suyos.

—¿Dudareis aun? murmuró él casi al oído de la Marquesa; pero quedóse mudo y desconcertado al escuchar la sonora carcajada con que Clementina le respondió, esclamando:

—¡Bah! ¿Y qué me importa á mí eso? ¿He de tener celos de mi mejor amiga?

Había algo de ironía en estas últimas palabras, que al

Conde, como hombre de mundo, no se le escapó, aunque la Marquesa pretendiese deslumbrarle con su afectada indiferencia.

—¿Y si os doy pruebas de que os vende, me creereis? replicó mas animado.

—Entonces veremos. Pero dejemos estas tonterías, y decidme si conocéis muger mas hermosa que la Baronesa de C....

—Seguramente que sí, señora, contestó Eugenio con graciosa galantería, puesto que os conozco á vos.

—Sois muy amable, Conde, muy amable, dijo maquinalmente Clementina, viendo á su marido mas ocupado que nunca de la viuda. —Y distraída, frenética, desgarró el encaje de su pañuelo.

—¡Estoy loca! exclamó con una nueva carcajada nerviosa; no sé lo que hago esta noche. ¿Vos teneis la culpa, Eugenio, que me trastornais la cabeza con vuestra gracia, con vuestro talento!

La Marquesa pronunció estas palabras bastante alto para que las oyese su marido, quien se volvió á mirarla sonriéndose, y siguió hablando con Adela.

—Muy entretenida está Clementina, dijo aquella maliciosamente.

—Gracias á Dios: así nos dejará en paz, respondió el Marqués.

—¿De suerte que si tomase represalias?...

—Quizás me alegraría, respondió él con la mayor indiferencia.

La viuda hizo un jesto de desagrado, conociendo que no era tanto que el Marqués la quisiese mucho á ella, sino que no quería nada, absolutamente nada á su muger.

Mientras Clementina y Eugenio departian con mayor animacion.

—Os lo juro, os lo juro, decía el segundo; vos sois la primera á quien he amado.

—¿Olvidais que ese lenguaje?... exclamó severamente la Marquesa.

—¿Qué me importa vuestro enojo, cuando estoy decidido á esponderlo, á sacrificarlo todo? ¿Acaso la sociedad, los hombres sensatos no perdonarian que pagaseis á Luis en la misma moneda su infidelidad y su desvío? ¿Creeis que hay una sola persona en Madrid que ignore las culpables relaciones que median entre él y esa muger? Mirad, mirad ahora mismo á la Baronesa de C... ved cómo se sonríe contemplando el ridículo papel que hacemos, mientras los dos se arrullan como dos tórtolas.

Clementina se volvió hacia la Baronesa, y leyó en su semblante una espresion burlona y despreciativa á la vez.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! prorrumpió con voz ahogada, y reteniendo apenas sus lágrimas.

En seguida púsose en pie con un movimiento brusco y rápido, que sorprendió al Conde mismo.

—Luis, dijo á su esposo secamente, me siento mala, y quiero retirarme.

—¿Qué capricho! exclamó el Marqués disgustado, y mirándola. No tienes trazas de estar sino muy buena; pero estas mugeres se gozan en hablar siempre de sus dolencias, de sus nervios, para hacerse mas interesantes. —Aguárdate, querida mía; sería un

dolor que perdiésemos el *pas-de-deux* de la Guy, que va á comenzar ahora.

—Os repito que estoy indispuesta, y que deseo retirarme.

—En ese caso... en ese caso... dijo el Marqués perplejo... ¡Ah! Eugenio, ¿no tendrías la bondad de acompañar á mi mujer á casa?

Clementina sintió que la faltaban las fuerzas, y se apoyó trémula, vacilante, en uno de los sillones inmediatos.

—Ademas, prosiguió el marido sin notar la palidez de la Marquesa, si está ahí tu coche te estimaria que os fuérais en él, y me dejaseis el mio, que no tendria tiempo para ir y volver antes de que se acabára el baile.

Clementina sintió que su sangre toda le reflujaba al rostro, é inclinándose para hablar á su esposo, que permanecía sentado, le dijo al oído con acento de desesperacion:

—¿Y que pensarán los que me vean sola con ese hombre?

—Lo que gusten, querida mia, repuso el Marqués con su envidiable calma.

—¿E ignorais que el Conde me persigue?

—Esa es cuenta vuestra, señora, y vos sabreis responderle, añadió Luis volviéndola la espalda.

Hubo un instante de silencio, durante el cual casi se oían los latidos del corazón de Clementina. Adela fue la primera que habló.

—Pero Marqués, si vuestra esposa no se siente buena, verdaderamente es una crueldad...

En aquel momento sonó una grande esplosion de aplausos: la Guy comenzaba su *pas-de-deux*, y el público la aclamaba como siempre.

—O marchaos, ó quedaos, pero dejadnos ver el baile, dijo Luis bruscamente.



Clementina no fue ya dueña de contenerse: asió con violencia el brazo del Conde: abrió en seguida la puerta del palco, y salió de él sin saludar á ninguno, dando un golpe tremendo, que hizo volver á todos la cabeza y produjo no pocas risas burlonas, y no menos curiosos comentarios.

Tomo I.—MAYO DE 1843.

Al bajar rápidamente las escaleras, Eugenio sentia en el brazo la horrible convulsion que agitaba á la Marquesa: como hombre hábil é inteligente, conoció que no debia desflorar su triunfo con alguna manifestacion atrevida, y se limitó á murmurar por lo bajo, y como si para sí solo lo dijera:

—¡Pobre Clementina! ¡Pobre Clementina!

Cuando arrimaron el coche, ella entró en él abrumada de dolor y de vergüenza. Despues algunas lágrimas vinieron á aliviar su congoja.

—¡Esas pruebas, esas pruebas de que me hablabais antes! exclamó con una exaltacion febril.

—Mañana las tendreis, contestó el Conde disimulando tan mal su alegría, que si Clementina no se hubiera hallado en aquella crisis terrible se habria indignado.

—¿Y por qué no esta noche misma?

—¿Cómo? dijo el Conde atónito.

—Oídme, prosiguió la Marquesa con resolucion: ya sabeis que mi cuarto dista mucho del de mi marido, y que tiene salida á otra calle solitaria; pues bien, volved á vuestra casa, traedme esos papeles, y yo daré órden de que os dejen subir por la escalera secreta.

Los ojos de Eugenio centellearon de placer y de esperanza.

—Arread, arread los caballos, dijo al cochera, asomando la cabeza por la ventanilla.

Cinco minutos despues la Marquesa se apeaba en la puerta principal de su habitacion, y el carruaje del Conde desaparecia con no menos velocidad de la que habia traído. Las once daban en un magnifico reloj de porcelana de Sevres, cuando la infeliz mugger puso el pie en su elegante gabinete.

—Julia, dijo á su doncella que salió á recibirla, deja entornada la puerta de la escalera secreta, y retírate: para nada te necesito.

La pobre muchacha se apresuró á obedecer las órdenes de su señora, creyendo que habia perdido el juicio.

Efectivamente, tenia razon para pensarlo: ¡aquella mugger tan dulce, tan amable, tan tímida, y sobre todo tan recatada, volvia á su casa en un desórden indecible, y ademá de esto mandaba que quedase entornada la puerta se-

creta!... O estaba loca, ó se trataba de una intriga de amor. — Hé aqui las dos ideas que le ocurrieron á la asombrada camarera, y forzoso es convenir en que no eran descabelladas.

Entretanto en el teatro del Circo se concluia el baile, mas no con él las dulces pláticas de Adela y del Marqués, que entraban en su coche estasiados.

—Nos ha puesto en ridiculo, decia la viuda al subir; es menester que la hableis seriamente, y que no nos espongamos en lo sucesivo á semejantes escándalos.

—No pasará de esta noche, porque ella tiene costumbre de recogerse muy tarde. —Antes de ir al mio, entraré en su cuarto.



No se oyó mas, porque el carruaje partió á galope.

Nadie quedaba ya en el teatro, y casi todas las luces estaban apagadas, comenzando tambien á cerrarse las puertas, cuando un acomodador percibió un bullo en un palco.

—Acaso será un ladron, pensó el buen hombre.

Y con una decision heroica se encaminó hácia allá; pero al entrar hubo de rectificar su parecer.

—Es uno que se ha quedado dormido, añadió sonriéndose; y empujó á aquel individuo con no mucha suavidad.

—Y mi primo? exclamó el desconocido bostezando.

—¿Vuestro primo? repuso el acomodador. —Es un borracho, dijo para sí.

—Sí, mi primo el Conde de....

—En cualquier parte menos aqui, porque hace una hora que se acabó la funcion, y solo aguardamos á que nos abandonéis, para irnos á descansar.

El pobre D. Justo se puso entonces de pie.

—¡Ah! ¡me he dormido! exclamó paseando en derredor una mirada estúpida. —¿Pero y mi coche?

—Vuestro coche? contestó el acomodador; id á bus-

carle. —
un borra

Pania
puerta cr
sierta; á
mos carr
daluz hab
hacia un

—¡ Ah

Aquí

(*) Este
la libreria
Sin embargo
las personas
como aquel
Sin un c
y puede qu
ellas, inter
mentos de
Aunque
viciosa é in
no se señala
original esta
de estos lo
juntivo; per
te. Con estas
como á las

carle. — Y añadió siempre para sí: — decididamente, es un borracho.

Paniagua bajó las escaleras á oscuras, y al hallarse á la puerta creció su tribulación: la plaza del Rey estaba desierta; á lo lejos se percibía tan solo el rumor de los últimos carruajes que se alejaban. No era esto solo: el andaluz había dejado su *pañosa* en la berlina del Conde, y hacia un frío cruel, y diluviaba horrorosamente.....

— Ah! amor, amor, amor! dijo D. Justo; y se puso

en camino, sorteando las canales con paciencia digna de un mártir, y canturreando una antigua copla, que poco mas ó menos dice así:

Mi muger y mi caballo
en un día me se han muerto.
;Qué muger ni que demonio!
Mi caballo es lo que siento!

RAMON DE NAVARRETE.

ROMANCE CABALLERESCO.

Aquí comienza la hestorya de la Infantina de Francia, et de como el Infante de Hongría la fizo su namorada ante con ella casar. (*)



I.
Grandes fiestas se publican
en Francia la naturale:
van faser unos torneos
en París la grand cibdade
por casar essa Infantina
la hija del Emperante.
Todos la casar querien
et ella non quier casare,

maguer que su padre es viejo
et lo avic de heredare.
Muy horaña era la niña,
muy horaña por demase;
de altiveza muy sobrada,
de soberbia otro que tale.
Siete fadas la fadaron
nélla su ora natale:
las seys fueron fadas blancas,
una negra por su male.
Fisieron la dellas seys
apuesta linda é cabale,
fuera la negra que l' ha
mal querencia por su padre:
fisola esta burladora,
soberbia que non ha pare,
ca coidava de tal guisa
su escarnimiento vengare,
poniendo que para nunca
home nascido ha de amare,
si non aquel que villano
la sopiesse domeñare.
En fermosura-cresce
la Infantina sin cesare,
mas sobrábase en desdenos
é amores non quier tomare.
Non falla non quien le plasca
dende el Rey fasta el Zagale;
á ningund fas cortesia,
á ningund torna el fablare,
é á quien somiso demanda
mas esquivá va negare.

(*) Este romance está tomado de una mala copia hecha sobre un Códice, al parecer de fines del siglo XIV, el cual perteneció á la librería del Conde del Aguila. El Editor ha procurado restaurarle y reducirle en cuanto le ha sido posible á su ortografía primitiva. Sin embargo debe advertirse que en el original muchas veces la *z*, es *c*; que la *ñ*, es *nn*; que la *j*, es *i* pronunciada como consonante; que las personas del presente indicativo del verbo haber estan escritas sin *h*; que en el medio de dición, la *v*, se escribe como la *u*, aunque como aquella se pronuncie como *b*, y en fin que casi siempre la *c* suave y aun la *z*, se escribe *s*.

Sin un corto número de palabras y de localidades que se hallan en el Romance referiríamos su composición á un tiempo anterior, y puede quizás serlo, porque todos los copiantes en general modernizaban en sus copias el lenguaje, la ortografía y las formas de ellas, intercalando ideas estrañas á los originales y cambiando los lugares de la escena, segun les parecia; y aun introduciendo fragmentos de otros romances mas antiguos ó contemporáneos, como se verifica en este.

Aunque se ha puesto el mayor cuidado en la restauracion ó recomposicion de esta obra, como la copia que sirvió de testo era mala, viciosa é incompleta, se ha tenido que suplir y adivinar bastante para que resultase inteligible y homogénea la composicion. Lo suplido se señala porque hace muchos años que se formó este trabajo, y no es posible acordarse de ello. Solo puede decirse que el Romance original estaba sin division alguna, aunque en la restauracion se ha repartido en tantos cuantos lo indicaba el cambio de los consonantes. De estos los en *a* y en *ar* estaban confundidos con los en *ae* y en *are*, y los en *ia* con los en *ie* del imperfecto de indicativo y subjuntivo; pero para uniformarlos respectivamente, se ha adoptado en los primeros la terminacion en *ae* y en *are*; y en los segundos la en *ie*. Con estas advertencias cada cual podrá dar á tan linda composicion la importancia histórica que merece, tanto respecto al lenguaje, como á las ideas, las cuales al menos no han experimentado alteracion alguna.

A. DURAN.

Al pregon de los torneos
á París yvan llegare
muchos nobres cavalleros,
infanzones de solare,
que de lueñe traen su via
por la tierra é por la mare.
Fiestas fassen muy locidas
que nel mundo non han pare
por conquistar de la niña
la refasia voluntad.
Quien muestra apuestas libreas,
quien preseas vá mostrare,
quien pennas de mil colores
en los yelmos vá sacare,
é quien con luszientes armas
se arrea por la gradare:
quien coplas é quien desires
vá trobando sin cesare,
asmando assi captivar
la que libre solicestare.
Esto que viera la niña
non fase sinon burlare:
amenguava les á todos
á qual menos, á qual mase;
fueras un buen cavallero
de Hongria la naturale,
fijo del Rey de la tierra
muy apuesto é muy cabale.

Vidole romper las lanzas
é con la espada lidiare,
fasiendo catar la tierra
á quantos yva topare.

Vidole de armas armado
faser al mundo tiemblare,
é con arreos de corte
nobres dueñas captivare.

En las salas del Palacio
vidole gentil danzare,



tanto apuesto é mesurado,
que era mucho de notare.
Vidole jugar las tablas
é los dados, liberalé,
contino el gesto aplasiente
nel perder ó nel ganare.
Oydo le ha desir desires,
otro si coplas cantare
que al corazon yvan drechas
por en amor le abrasare.
Como la Infanta non falla
cosa que le reprochare,
cordojo tomara assaz,
mal cordojo la fue á dare.
Como tiucia non ha

que mengua le avie fallare,
de yra é de rabia plañie
desus labros saca sangre.
Ende allegóse una Dueña,
desque assi la vido estare,
é dixol con voz somissa,
deste modo fue á fablare.

Fabla de la Dueña.

Infantina, la Infantina,
la que yo fuera criare,
é la leche de mis pechos
la diera para mamare;
non tan cedo desmayedes.
non vayades desmayare,
ca home non es en la tierra
do fallezca algund errare.
Catástedes al garzon
en el campo bien lidiare:
ne la corte é los Palacios
bien jugare, bien danzare:
cuerdo en los sabios desires,
las sus trobas bien trobare,
et á las apuestas damas
cortesmiente captivare.
Parad mientes, mi señora,
que en al le avedes provare,
é yo fio esta vegada
falleis vuesto dessecare.
Cedo, mandedesle, fija,
vos servir en los yantares,
do maguer vezado sea
non fallará de peccare.

Conforte tomó la niña
de su Dueña nel fablare,
é sin mas se retardar
assi lo fiso ordenare.

Ya manda sus mensagieros,
de priesa non de vagare,
porque con dolzes palabras
le troxiesen al Infante.

Ya se parten, ya se van,
de priesa, non de vagare,
é de la niña el recaudo
al cavallero yvan dare,
el qual desque le ovo oydo
sin un punto mas tardare
omilmiente el mandamiento
de la Infanta fue á acatare.

Llegado que ovo al Palacio
á do la Infantina yase,
con muy gentil apostura
la diz que está á su mandare:
la qual desque assi le viera
dixol, le fiso llamare
por tenella compañía
en sus mesas á yantare.

Assentábase la niña,
é cabe della el Infante,
que con gentil continente
la servie los manjares.
Bien partie las viandas
bien las aves fue trinchare;
bien escanciava las copas
para los vinos brindare.
A tanto bien lo fasic
que non era de dubdare
ser muy vezado en servir
banquetes de mesas reales.

La Infantina questo viera
abscondie su pesare,
bien assi como quien quiere
su mal querencia celare;
è como fase la sierpe,
que entre flores suele estare,
para mejor su venino
al enemigo lanzare.

Pensando se está la niña
qué faser en caso tale,
fasta que en tamaña coyta
esto fue á determinare.
Al Cavallero enderesza
benino é dolze mirare,
maguer que su corazon
con ira rabiosa arde:
é apos con su lindo pie
fue el del garzon á tocare,
é con risa falaguera
los sus ojos fue baxare;
el qual que non atendie
tal falsia, ó favor tale,
seyendo todo sorpreso
comiènzase de turbare:
é como turhado estuvo,
en su barba fue á possare
un poquillejo de arros
que á su boca yva llevar.

Viérades hy la Infantina
su grande placer celare,
é mostrar muy grave enojo
de aquello que mas le place.
Viérades la que comienza,
que comienza de gridare
por sus Dueñas é Escoderos,
que acuden á su llamare.
Desque fueron ayuntados,
sin un punto mas tardare,
assi les fuera desir;
á tal les yva fablare.

Fabla de la Infantina.

Tirad al súcio villano,
tirad esse mal jogle,
tiradle de mi presencia;
con los suyos vaya estare,
que non val para servir,
nin yantar en mesas reales,
«ca non viene de Señor,
» quien yanta como Pastor.»

Ya se parte el Cavallero,
ya el Cavallero partie
querelloso de se ver
escarnido qual se vie.
En su baldon para mientes,
é del vengarse querie,
é jura de se vengar,
de se vengar, si podie.
Cavalgando en su cavallo,
por las breñas se metie,
é non en al se curava,
si non que fugir querie.
Como el sesso tien menguado



assi la via perdie,
é ya el su nobre bridon
muerto en la tierra yasie.
Entrado se há por los bosques
sin coydar adonde yrie,
é la su espada é sus armas
las follaba é las rompie,

maguer que tantas batallas
con ellas ganado avie.
Plañiendo está de su fado,
del su fado maldescie,
é con voz mustia é penada
aqueste refran desie:
«Non como nobre Señor,
» Vengarème qual Pastor.»

E apos que le repetiera,
todo con rabia se ardie:
pone gridos fasta el cielo,
con los riscos se ferie,
é maguer que de sus venas
la nobre sangre corrie,
non siente non los dolores
de feridas que tenie.

Quando el en aquesto estava
dos palomas que venien:
se posaron en las ramas
de un verde laurel que hy avie.
En pos dellas gavilane
cauteloso las sigue,
que para faser su presa,
la ocasion solo atendie.
Viérades el Cavallero,
maguer mal despecho avie
contra amores que le apenan,
que á grand duelo se movie.
Alzádose há de la tierra,
de la tierra do yacie,
por librellas del mal fado
qu'en somo dellas venie.
Apañado ovo una piedra,
et fuertementre la invie
contra del mal gavilane,
que muerto á tierra caie.
Recordaron las palomas,
que en al mientes non tenien,
si non en gozar de amores
los falagos que querien,
é avisadas de su riesgo
por los ayres se sobien,
fasiendo al laurel testigo
del bien que hy rescieven.

Mustio quedó el Cavallero,
mustio mas que ante solie,
coy dando de aquel refran,
que contino repetie:
«Non como nobre Señor,
» Vengaréme qual Pastor.»

El Sol dexado há la tierra,
la Luna non parescie,
quando el Infante sañoso
por la montiña partie.
Ya se parte, ya se vá,
sin coydar á do se yrie:
ya en una cueva se absconde,
ya en la cueva se abscondie,
é lasso de atal penar
muy cedo se adormescie.
Soñando se está soñando
de la afruenta que sofrie,
é de aquel triste refran
que contino repetie:
«Non como nobre Señor,
» Vengaréme qual pastor.»

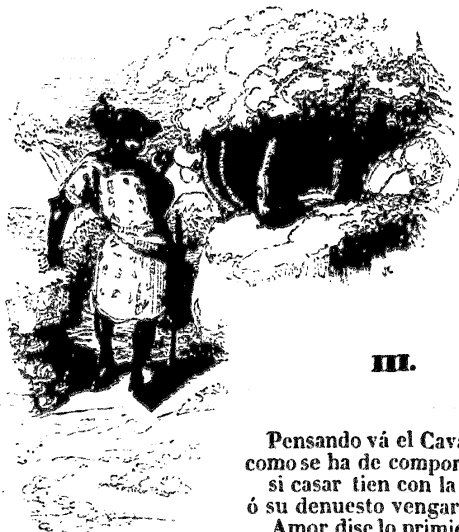
Aparecido le há en sueños
la paloma que venie,
que en una fermosa Dueña
luego mudádose avie.
Blanca é rubia era la Dueña,
como sol que amanescie,
é de los sus lindos ojos
muchas luzes espedie,
con que la cueva quedára
elara, qual sol que luszie.
En él su gesto aplasciente
grande conforte traie:
dino era de escochar
lo que la Dueña desie.

Fabla de la Fada.

Cavallero, Cavallero
que atanto bien nos fazie,
recuerda cedo á mis vosos,
que yo por bien lo tenie:
lembra de las palomitas
á quien tú la vida diste
contra aquel mal gaviñane,
que nos la robar querie.
Si amor é vida gozamos
yo et el de dueño que tenie
debda es que te debemos,
é pagarla nos complie.
Por ende aqui soy venida,
por te confortar venie
en la coyta que te acoyta,
é amenguado te ponie.
Cedo has de verte vengado
de aquella que te escarnie,
é de aver tienes con ella
solaz que el alma querie.
Somisa verná á tus pies,
maguer que non lo fasie,
é demandará merced
de amor que non conoscía.
Puñará porque la atiendas,
la que nunca te atendie,
puñará por ver tu gesto
quien su gesto te abscondie,
é ferida se verá
con el fierro que ferie.
Toma esse aniello fadado,
que yo fadado le avie,
é quanto tú le demandes

otorgado te serie.»

Non bien aquesto dixiera,
la Dueña desaparescie,
é quedó la cueva estonce
escura como solie.
Recordado há el Cavallero
del sueño con que yasie,
é vido que su soñar
verdad fuera et non mentie.
El aniellico tomára,
en su dedo le ponie,
é fuesse para París
do sus amores avie.



III.

Pensando vá el Cavallero
como se ha de comportare;
si casar tien con la Infanta,
ó su denuesto vengare.
Amor dise lo primiero,
rencor lo al va consejare,

ca afruenta tamaña es mucha,
para averse de olvidare,
que las mugieres al fuerte
acatan de voluntade,
é non prescian al rendido,
si le toman por cobarde.
Lembrado se há el Cavallero
del aniello singulare,
que la Dueña le endonára
estando en él su soñare.
Tirado le há del dedo,
comiézale de fablare:
desta manera le dise,
atendet lo que dirae.

Fabla el Cavallero.

Aniellico, mi Aniellico,
agora te he de provare:
que en la dubda que me fallo
me quieras tu consejare.
Amor me premia que olvide
de la Infantina el burlare,
é rencor é honor me afincan
porque me vaya vengare.
Digas me tú el Aniellico
que faser en caso tale,
¿seguir he de amor la premia,
ó de honor el afincare?

Respondido há el Aniellico,
tal respuesta le fué á dare:
Fabla del Aniellico.
Para mientes Cavallero

en lo que vierdes passare,
é lo que aqui passar vierdes
coyda de bien imitare.

Non bien aquesto ovo oydo:
el Cavallero á mirare :
é vido nel verde prado,
nel verde prado andare,
un gallo, que á la su fembra
comenzára requestare.
Quanto mas la requerie,
menos le quier acetare,
ca toda fembra cobdicia
escarnir de amor leale.
El gallo, desde esto vido
empieza de se enojare,
é ferido há la gallina
fasta que la fiso sangre.
Vierades hy la gallina
como fuera de tornare
en falagos los desdeños,
el fugir en esperare;
mientra l'Aniellico cantava,
osto que fuera á cantare.

«Como el gallo á la gallina
»fue á vencer,
»vence el home mas ayna
»la mugier.»

Entendido há el Cavallero,
todo entendido lo hae,
é al Aniellico fadado
esto le fue á demandare.

Fabla del Cavallero.

Aniellico, mi Aniellico,
el de la paloma reale,
esta virtud que tú tienes
que me la vayas mostrare.
En hábito de Pastor
me vengas luego á mudare,
é me endones una roeca
é me endones un tiellare,
que file é texa en un punto
panno de mucho presciare,
que las viejas faga mozas,
é las mozas mucho mase.

Non bien aquesto dixiera,
sin un punto mas tardare,
trocado se le ha en pellico
la su cota et espaldare:
fecho se há roeca la lanza,
é la su espada tiellare;
é á París toma la vía;
cantando vá este cantare.

«Como el gallo á la gallina
»fue á vencer,
»vence el home mas ayna
»la mugier.»

Llegado que ovo á París,
sin un punto mas tardare
fuesse para los Palacios
do el buen Emperante yase.
Topádose há el Hortolano
é alli l' empieza fablare.

Fabla del Pastor.

Hortolano, el Hortolano
de aquestos huertos reales,
que me digas si tú quierres
me tomar por te ayudare.
Si me tienes á soldada,
de servir te avré leale;
abrevaré tu rebaño

é non me darás jornale:
curar he dessas tus flores,
cavar he tus praderales;
non avrás de mi querella,
por el poco madrugare.

Vierades hy el Hortolano
como se fue conturbare,



é al Pastorcillo recude,
bien oyredes que dirae.

Fabla del Hortolano.

Pastorcillo, Pastorcillo,
lo que vas á demandare
non lo puedo refusar,
menos lo puedo escusare,
ca anoche soñé una Dueña,
que me ovo mal menazare:
si yo non te recudiese
mala muerte me avrá dare.

Esto que oyera el Pastor
mucho se fue de folgare,
é sin mas se detener
el rebaño iba tomare.
Ya lleva las ovejuclas,
ya las lleva á repastare:
púsose só las finiestras
de aquel Palacio reale
do la Infantina solie
atender el sol que sale,
é atendiendo si venie
assi se puso á cantare.

«Como el gallo á la gallina
»fue á vencer,
»vence el home mas ayna
»la mugier.»

Apenas esto cantára
vido que un postigo se abre,
é siente el su corazon
fuertemente palpitare.
Assomádose há la Dueña,
de prissa non de vagare,
por oyr del Pastorcillo
aquel tan dulce cantare:
é como vido aquel paño
que tan bien iba labrar
dixol...

Fabla de la Dueña.
 ¿Dime, Don Villano,
 assi Dios te dé solaze,
 esse paño que tu labras
 es divino ó terrenale?

Fabla del Pastor.
 Arriedro vayas la Dueña,
 arriedro con Satanás;
 que para ti non se fizo
 mi paño nin mi cantare.
 Desso que aqui me pescudas
 poco te debes coyndare
 ca non á fembras ancianas
 conviene tal demandare.
 El paño que tú cobdicias
 non tien en el mundo pare,
 que á las viejas fase mozas,
 é á las mozas mucho mase.
 Si doncella d' esse paño,
 que yo labro se arreare,
 mas quel sol resplandesciente
 al punto se yva tornare;
 é la vieja que la oviese
 Luna se vá asemejere;
 con que garridos garzones
 de amor la yrán requestare.

La Dueña questo ovo oydo
 comenzára de aguijare:
 pónese faldas en cinta
 para mas presto llegare.
 Fuese para la Infantina,
 que del lecho se yva alzare,
 é desta guisa le fabla,
 desta guisa vá fablare.

Fabla de la Dueña.
 Infantina, la Infantina,
 cedo, cedo os levantaes,
 venit presto á las finiestras
 del vuesto huerto reale:
 Dende ver eys un Pastor,
 un Pastor muy singulare,
 que labra presciado paño,
 que en el mundo non há pare:
 á las viejas fase mozas
 é á las mozas mucho mase.
 Venit oyredes qual canta
 el villano este cantare:

«Como el gallo á la gallina
 »fué á vencer,
 »home vence mas ayna
 »la mugier.»

Fásia el huerto la Infantina
 comienza de caminar:
 yva se en pos de la Dueña,
 de prisa non de vagare,
 por ver como el Pastorcillo
 texiendo está en su tiellare,
 et escochar como canta
 el villano aquel cantare.
 Tópalo, que está texiendo
 é que cantando yva á estare,
 é la niña desta suerte
 le comienza de fablare.

Fabla de la Infantina.
 Manténgate Dios, villano.

El Pastor.
 El te aya, niña, á guardare.

La Infantina.
 Digadesme, ¿aqueste paño,
 quien te mostrara á labrare?

El Pastor.
 Siete Fadas, mi Señora,

qu' en siete Torres estane,
 do sin dormir, nin yantar
 texen, é cantando yazen
 essa letra que yo digo
 por non avella olvidare.

«Como el gallo á la gallina
 »fue á vencer,
 »home vence mas ayna
 »la mugier.»

La Infantina.
 Si de vender has el paño,
 si vender quies el tiellare,
 endonarte hé mucho de oro
 mas que vayas descare:
 otro si darte hé de joyas
 quantas puedas apanare,
 de aquellas las mas presciadas
 del mi tesoro reale.

El Pastor.
 Infantina, la Infantina,
 non vayas de mí á burlare,
 que non prescio non tus joyas,
 por mi paño et mi tiellare:
 muy mejor es mi pellico,
 muy mejor es el sayale,
 que del frio me guaresce,
 quel oro que me yvas dare.
 Muy mas me plasce alegría
 et folgura mas me plasze;
 que assaz rico es el que puede
 de riqueza non coyndare.



Desque tú vistes mi paño
 cobdicia te fué tomare,
 é á mi de los tus averes
 non nada me fuera dare.
 Infantina, la Infantina,
 non quieras non te enojare,
 que demanda que feziste
 non te la vaya otorgare,
 si non bien que tu quixieres
 en amores me pagare,
 en amores tanto dolzes,
 como miel del colmenare.

Quieras me tú la doncella,
quieras á mi tú abrazare,
é assi dareté el mi paño
et mi corazon de mase.

La Infantina.

Tiradvos allá el villano,
non me vayades tocate,
que si vos llegades mas
cedo vos faré matare.

El Pastor.

Sobervica sedes niña,
sobervica por demase:
é yo fago sacramento
que me vayas de rogare
lo que agora me refusas,
si non falla aquel cantare,
que las Fadas me mostraron
labrando en el su tiellare.

«Como el gallo á la gallina
» fué á vencer,
» home vence mas ayna
» la mugier.»

La Dueña desque assi vido
quel Pastor se fue á enojare
tiró á un lado la Infantina
é comenzó á la fablare.

Fabla de la Dueña.

Non perdades la fortuna,
Señora, non la perdades:
coydat que si agora fuye
non la veredes tornare.
Un paño como es aquesse
nunca mas podres fallare,
que las viejas fase mozas
é las mozas mucho mase.
Si brial della fasesedes,
si della vos arreades,
seredes muy mas fermosa
que la rosa del rosale,
é la vuessa donosura
crescerà sin amenguare,
maguer passasen por vos
los años é las edades.
Endonarme eis una saya
que niña me ha de tornare,
con que podré en vuessas fiestas
toda la noche danzare.
De presciar son los falagos
si el amor los ovo dare,
mas si lo fase cautela
un abrazo poco vale.
Daldo, daldo al Pastorcillo,
por el su paño lograre,
que tal abrazo, mi fija,
non vos yrá mancillare.

Oydo auie la niña
de la su Dueña el fablare,
que falagava el desseco,
et su sesso yva turvare.
Allegado se há al Pastor
sin podello remediare,
é cuando á su vera estuvo
bien oyredes que dirae.

Fabla de la Infantina.

Pastorcito, Pastorcito,
el del paño é del tiellare,
non desoyas la mi fabla,
nin vayas de te enojare,
ca vergonza é non desdeño
me fizo mal razonare.
Aunque soy niña en cabello,
tienes me ya á tu mandare:

endonarme has desse paño,
endonarme esse tiellare.
Cedo, cedo, Pastorcillo,
ven el abrazo tomare,
que yo rescervirlo hé
de grado é de voluntade,
de voluntat et de grado,
mas que vayas deseare.

Replica el Pastor.

Calledes, niña, calledes,
et non digades atale,
que si demandé un abrazo
agora demandó mase.
Mi paño, aqueste mi paño
non pienso te lo endonare,
si un beso de los tus labros
non me dexavas tomare.

Dice la Infantina.

Bien de grado te le diera
de grado et de voluntade,
maguer non seyendo usada
vergonza lo retardare.

Replica el Pastor.

Cedo, cedo la Infantina,
non vayades desmayare,
ca si la ocasion fallesee
non la veredes tornare.
Altas é presciadas Dueñas,
doncellas otro que tale,
este mi paño cobdician
é me lo van demandare:
el prescio que me ofrescien
muy mas algo es que besare:



por ende á cras non atieudas
si de le tener te plasce,
que hoy le tenno á tu mandado
é te lo puedo otorgare:
para en aquesto las mientes,
mientras yo digo el cantare.

«Como el gallo á la gallina
» fué á vencer,
» home vence mas ayna
» la mugier.»

Acoytada está la niña,

la niña acoytada estae,
que otri llevase aquel paño,
que otri le fuera á llevar.
Ya se allega al Pastorcillo,
ya se torna á retirar:
ya la acucia su desseo,
vergonza la faz dubdare.
Ellos en aquesto estando,
ellos en aquesto estane,
quando sin mas detener
amos se van abrazare.
é sobre su boca entramos
se comienzan de besare.
Perdido há el sesso la niña,
sin se poder reportare,
ca sentiera allá su pecho
en grande fuego abrasare.
Ya del paño non se cura,
non se lembra del tiellare,
si non fuesse que la Dueña
l'oviera de recabdare.

Ya se parte la Infantina,
ya se parte, ya se vae:
ferida está del amor,
del amor ferida estae.

Fuérase para el Palacio,
para el Palacio reale,
do la Dueña la atendie
con el paño et el tiellare.
Viéradesla conturvada
la mañana é tarde estare,
viéradesla otri la noche,
non dormir é sospirare:
viéradesla cual se lembra
de aquel tan dolze besare,
que llegando fasta l'alma
el sesso la fue á quitare.
De amor pechera es la niña,
non lo puede ya celare;
vuelcos dava en el su lecho
sin descanso nin vagare,
ca coydava que yasie
en como los abrojales.
Estonce con grande coyta
repetie tal cantare.
« Como el gallo á la gallina
» fué á vencer,
» home vence mas ayna
» la mugier.»

(La conclusion en el próximo número.)



(Alegoria del mes de Mayo.)

REVISTA DEL MES DE MAYO.

ESPAÑA.

Mayo, el mes de los campos y de los amores, ha sido este año el mes de los lodos, de los nublados y vendabales. Pocos meses de Mayo se han conocido tan variables,

tan frios y tan fuera de lugar como el que acaba de transcurrir, y si ha hecho algun día bueno en Madrid, ha sido solo para hacer mas sensible el hielo extraordinario del siguiente.

Dio principio el mes con la fiesta, tan cara á todo espa-

ñol. del 2 de Mayo, á que asistió bastante gentío por estar el día no del todo desagradable. La iglesia de San Isidro apenas podia contener la numerosa concurrencia que presenciaba la celebracion del trigésimo séptimo aniversario del inmarcesible triunfo.

Despues siguieron las corridas de caballos, que fueron buenas en general, y en las que ya se advertian las inmensas ventajas que traen consigo estas diversiones, haciendo que por una noble emulacion los aficionados pongan todos los medios para vencer á sus contrarios y



(Corrida de caballos verificada el 8 de Mayo en la casa de Campo.)

por consiguiente para mejorar las castas del animal mas útil al hombre, y el mas noble de toda la creacion. ¡Plugiére al cielo que todas nuestras fiestas nacionales tuviesen iguales resultados! El segundo día ganó el premio de resistencia un gitano que montaba un jaco al cual todos presagiaban alguna desgracia antes de correr la cuarta parte de la distancia. Felizmente para él, y aun mas para su amo, no sucedió así. El gitano hizo una gitanada: corrió su *animalejo* la distancia primera con desembarazo y sin perder un palmo de terreno; le hizo refrescar con algunas botellas de cerveza; volvió á salir con mayores bríos y llegó el primero, venciendo con facilidad y por mucho á sus dos opositores, que aunque de mejor presencia y mas gallardia, no fueron en esta ocasion tan ágiles de piernas y robustos de pulmones como el triste rocinante del gitano. Bien pueden andarse con cuidado los aficionados á caballos: si los gitanos van tomando el sabor á los premios, que renuncien á toda esperanza de vencerlos.

El día de San Isidro, día en que todo Madrid deja la mofítica atmósfera en que vive, para pasar uno alegremente á orillas del Manzanares, ha sido este año un día de los mas ventosos y desagradables de todo él. A pesar de esto la pradera estaba cubierta de un gentío innumerable; los caminos de coches y calesas; los altos de tiendas y cajones, y todos aquellos contornos de campanillas y aun campanas. Unos ébrios (y no de gozo) bailaban bulliciosamente con desenvueltas doncellas; otros corrían tras graciosas morenillas, muchos.... tras sus sombreros; y los mas comían y bebían con prodigioso apetito y no menos polvo. Como todos los años, hubo algunas desgracias é infinitas caídas.

El tiempo que nada respeta y á nadie guarda consideraciones, tampoco ha querido tenerlas este año con la procesion del Corpus, ni con las augustas personas que debían acompañarla. Imposible era que no se mojase el toldo que para tan solemne funcion suele tenderse por toda la carrera. Es ya casi un hecho infalible que la vispera ó el día mismo de la salida del Santísimo, ha de haber nublado y lluvia ó granizo en abundancia, y por lo tanto no ha podido verificarse este mes la lucida procesion proyectada, privándonos el deshecho temporal del día 22 de una de las fiestas mas animadas de la capital, y aquella en que mas brilla toda su poblacion.

El día 23, se verificó el acto solemne de cerrar las Cortes. Desde la una estaban las tropas de la guarnicion tendidas por la carrera que debia llevar la régia comitiva, y el pórtico y escalera del palacio del Congreso habian sido agradablemente adornados con una infinidad de macetas de adorosas flores que transformaban aquel recinto en un ameno vergel. El coche de S. M. iba tirado por ocho caballos blancos ricamente enjaezados y con penachos azules y le precedían cinco magníficos carruajes de la Real Casa. A las tres y media de la tarde del día siguiente SS. MM. y A. salieron de esta corte para el Real Sitio de Aranjuez y con direccion á Valencia.

Nada de particular ha ocurrido durante el mes en las provincias. El mal tiempo parece haber sido casi general, y solo merece mencionarse la llegada á Avilés de los ingenieros ingleses que han de construir el ferro-carril desde aquel puerto á esta corte. Pocas empresas han desplegado mas actividad y vida que la del camino de hierro del Norte de España.

Los teatros de Madrid han ofrecido al público nuevas producciones, tanto líricas, como dramáticas. Restablecida ya la salud de algunos actores apreciables, se ha puesto en escena en el teatro del Principe la comedia en tres actos y en verso de D. Tomás Rodriguez Rubí, titulada *La Entrada en el gran Mundo*. A pesar de no ser esta la mejor produccion de tan acreditado escritor, no deja por esto de ser bastante apreciable. Tiene dotes que la recomiendan, y á nuestro modo de ver no es la menor de estas la tendencia moral que encierra. Vemos con gusto que nuestros escritores de mejor nota van moralizando mucho sus composiciones y dándolas un fin mas noble que el de divertir á los ociosos: tan elevado objeto debe encubrir cualquier pequeño defecto de argumento ó de diálogo. A esta funcion siguió con no menor éxito otra comedia tambien en verso y en tres actos titulada, *Las Mocedades de Hernán Cortés* y original de D. Patricio de la Escosura. Imitacion de las antiguas comedias de capa y espada, es sin embargo mas limada y perfecta que los bellos modelos que sin duda alguna ha tenido á la vista el autor. Reune viveza y chiste en el diálogo y elevacion en el lenguaje; pero no podemos menos de decir que en obras tales, quisiéramos que el poeta presentase á los célebres personajes que se propone retratar con aquel colorido que les

dan los siglos. Quisiéramos que se copiasen no las flaquezas humanas que estropean tan bellos ideales; si la grandeza heroica cuya memoria debe escitar tanto noble sentimiento, tanta gloriosa ambicion. *La Jura en Santa Gadea*, en igual número de actos y en verso de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, fué la tercera y última novedad que se ha aplaudido en el teatro del Príncipe. Nótase en esta obra, como en todas las demás del mismo literato, mucha reflexion, mucha conciencia y mucho conocimiento del teatro antiguo. Además de la belleza de los caracteres y de lo castizo del diálogo, hay en ella una unidad que juntamente con lo verosímil de la accion agrada sobremanera. Fué aplaudida como se merecia.

Las representaciones del teatro del Circo en que ha tomado parte Ronconi han continuado siendo tan brillantes como concurridas. Despues de la *Maria di Rohan* ha sido puesta en escena con mediano éxito, la *Beatrice di Tenda*, á la que siguió la ópera nueva del maestro Ricci, *Corrado di Altamura*, en la cual efectuó su primera salida la señora Ronconi. El autor de este *spartito*, que siempre ha sido mas feliz en la música bufa que en la seria, no lo ha estado mucho en esta nueva partitura. La ejecucion, tambien fué débil y solo Ronconi arrebató cual suele. La Cruz ha estado cerrado por algunos dias con motivo de las raras pretensiones del Señor Carnicer quien quiere ser á la fuerza director de él. No extrañamos nosotros que haya hombres que aleguen derechos ficticios en pró suya, lo que nos admira es que aun se presenten como justas y válidas leyes, disposiciones que solo pueden existir en tiempos calamitosos y que repugnan á la sana razon. Felizmente este teatro se ha vuelto á abrir bajo felices auspicios. *Il Giuramento*, música del maestro Mercadante, ha atraído á él una concurrencia lucidísima y numerosa y la Señora Raffaelli Bertolini que en ella hacia su primera salida, ha colmado todos los deseos de los inteligentes y aficionados. Su voz agradable y buena escuela la han granjeado una acogida poco comun por parte del público. Sin embargo parece que este teatro se cerrará muy en breve para volverse á abrir en Setiembre.

Ninguna obra notable y que merezca especial mencion ha visto la luz en Mayo; casi todas las que se han publicado son reimpresiones, ó continuacion de las que ya conoce el público. En el próximo número nos haremos cargo de algunas, que aunque publicadas hace tiempo, merecen que de ellas nos ocupemos.

Los meses de Abril y Mayo son meses de las ferias de primavera, pero el extraordinario invierno que por todas partes se ha hecho sentir, tambien ha influido bastante en los mercados este año. En la feria de Mairena todo ha estado muy barato y de todo ha sobrado. En la de San Jorje (provincia de Santander) ha cabido mejor suerte á los vendedores, y pocas han sido las cabezas de ganado que no han hallado compradores.

ESTRANGERO.

Raro será el mes mas escaso de acontecimientos que interesen á nuestros lectores, que el que acaba de transcurrir. Bien conocidas son todas las cuestiones políticas que han agitado los ánimos en Suiza, en Inglaterra y en Francia. En el primer país, el partido liberal triunfa, y los infatigables Jesuitas se verán reducidos regularmente á esperar mejor ocasion y urdir nuevas tramas con mas prudencia y circunspeccion. Sin embargo siguen los procedimientos contra todos los que tomaron alguna parte en las últimas ocurrencias. La cuestion en Irlanda se agita sin cesar en la Gran Bretaña y O'Connell y sus partidarios trabajan con terco afan para conseguir lo que la Inglaterra concederá solo á la fuerza. Largo espacio necesitábamos si fuésemos á hacer una ligera reseña de todas las empresas que se siguen á la par en aquel país emprendedor, pero no podemos menos de mencionar aqui una, siquiera por lo que á nuestra España interesa. Mientras discutimos con nuestra natural apatia lo que debemos ó no hacer para fundar del mejor modo posible una colonia en las Islas de Annodon y Fernando Poo, mientras se reunen los fondos tantas veces pagados, los ingleses se van apoderando poco á poco del país, y cuando recordemos nuestros derechos serán ficticios, nuestra posesion nominal. Muchos particulares ingleses, y mas que ninguno la llamada *Compañía del Africa Occidental*, han comprado de aquellos sencillos é ignorantes gefes ó reyezuelos los mejores terrenos y las campiñas principales. Quinientos, seiscientos, mil reales, han bastado para pagar las mejores posesiones, y los ingleses por algunos fusiles, algunas gallinas, media docena de perros y otras frioleras tasadas y evaluadas por ellos mismos, han adquirido heredades, algunas de las cuales se han traspasado posteriormente en precios muy considerables. Pronto veremos que mientras nosotros discutimos, los modernos cartagineses obran.

Se ha anunciado en estos dias en Francia una obra que no podrá menos de arrojar mucha luz sobre una de las épocas mas interesantes de nuestra historia contemporánea. Es la correspondencia de Luis XVIII con el Conde de Saint-Priest. A su tiempo diremos á nuestros lectores si nuestras esperanzas fueron vanas.

El Conde Alfredo de Vigny ha entrado en la Academia francesa, y este acontecimiento ha sido muy celebrado por los literatos y la aristocracia de París que saben apreciar al autor de *Cinq Mars* y de *Chatterton*.

Parece que la insurreccion de la Argelia vá tomando diariamente incremento, y todo anuncia que en nuestro próximo número tendremos que dar parte á nuestros suscritores de acontecimientos importantes.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En estos tiempos las ideas son escasas aunque el estilo es brillante.

(ENES-TOS-TIEMPOS-LAS-I-D-AS-SON-ES-CASAS-A-UN-QUE-ELES-TILO-ES-BRILLANTE.)

N. 2.º



UNA VERDAD HISTÓRICA.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España